AÑO II : : NÚMERO 14 — 1.º DE MAYO DE 1930

RELIGION Y PATRIA

ORGANO DE LA
CONGREGACIÓN MARIANA DE CABALLEROS DE SAN JOSÉ DE COSTA RICA

Director: ALEJANDRO SALAZAR U.
Editor: GUILLERMO ANGULO M. ✱ *Admor.:* GERARDO LÓPEZ V.
Redactor: EMMANUEL THOMPSON

REVISTA MENSUAL - - VALOR DEL NUMERO SUELTO, 25 CENTIMOS

Eloy Truque García

Selecta y numerosa ha sido la nómina de costarricenses católicos que hemos hecho desfilar ante los ojos del apacible lector. En los últimos tiempos, figuras realmente notables de nuestro periodismo católico se han puesto de manifiesto: no poca sorpresa ha causado a muchos que las ignoraban, el aparecimiento de los varones ilustres y católicos de la galería de RELIGIÓN Y PATRIA. Y es porque como lo dejamos expuesto, el celebérrimo liberalismo criollo se ha conformado con tratar de sepultar en el vacío ciertos valores que huelen a catolicidad. En cambio, qué grande alharaca para todo lo de ellos! Aunque esto no sea un manjar digno de la garganta de Tragabuches, es, sin embargo, un manjar indigesto que les sirven a sus lectores ciertas publicaciones del terruño.

Y tal vez, con arrestos empapados en quijotismo, nos hemos empeñado en romper ese círculo ignominioso, que pretende aislar lo que no es de su gusto.

Y nos sentimos, hoy, al tomar la pluma, algo satisfechos de nuestra labor, apenas iniciada y que ya se hace sentir pesadamente sobre las mentes estrechas. Nada más justo, pues, que agregar al número de los hombres católicos ilustres, el nombre de Eloy Truque García, ya que el señor Truque es una figura digna de estudio y aplauso.

Nació Eloy en la ciudad colombiana de Popayán, Estado del Cauca, el 21 de Marzo de 1858, habiendo sido sus padres don Vicente Vinicio Truque y doña Nicolasa García Guzmán. Fué hijo único y su educación la recibió esmeradamente de labios del gran pedagogo don Manuel María Luna.

La Municipalidad de Popayán le nombró su Secretario; igual puesto desempeñó en la Asamblea Legislativa del Estado Soberano del Cauca, bajo la presidencia del General Antonio Mosquera.

Las luchas civiles que azotaban la Patria le hicieron emigrar y pasó al Perú, donde se dedicó al periodismo. Pero en 1876, ya se había venido a Costa Rica, y aquí se le dispensó amable acogida, que merecía su talento y honradez. El recordado don Tomás Guardia, Presidente de la República, le nombró su Secretario Particular y el distinguido facultativo Dr. Carlos Durán, a la sazón Secretario de Hacienda, Primer Oficial del Departamento.

Entonces se pusièron más de manifiesto sus brillantes condiciones de

hombre talentoso, y abriéndose paso, con facilidad, llegó a Subsecretario de Hacienda y Comercio, bajo la administración Durán. Los gobiernos que siguieron del Lic. don José Joaquín Rodríguez y don Rafael Iglesias conservaron al Sr. Truque en aquel puesto, dándole así una prueba de confianza, pocas veces prodigada en nuestro medio, cuajado de egoismo e intrigas. Y en ausencia del Secretario del ramo, hizo sus veces con toda idoneidad.

Más tarde le llamó a Colombia el Presidente Reyes para desempeñar cargos públicos de responsabilidad.

Costa Rica ya estaba impresa con caracteres de ternura en su alma y volvió a ella en 1909, para seguir laborando por el progreso de la nación en los honrosos cargos que desempeñó.

En 1920 se le nombró con beneplácito de la colonia, Cónsul de Colombia en Costa Rica. No faltan, empero, espinas dolorosas en el camino de este varón laborioso y probo. El infortunio le acosó sin piedad, pero había en su alma el temple toledano del caballero católico, sin tacha y sin miedo, y se puso al frente del diario católico *El Sol*, atalaya valeroso de nuestras convicciones que no cesó de lanzar incandescentes bombardas sobre el campo liberal.

La profesión del periodista católico es plena de amargura y rebosante en desengaños. La vida de nuestros pocos periodistas católicos, es una vida de heroicidad. Labor, como la de Gedeón, estruendosa, es, sin embargo, para su dirigente, silenciosa y pensadora. No así no más se improvisan los periodistas católicos. Existe en esos superhombres fibra especial: Truque la tenía y su pluma fustigó hidalgamente, pero al mismo tiempo con decisión, a los follones y malandrines que ambulan por doquiera haciendo pasar en el bazar de la vida, la mercancía mala por buena.

El tiempo que don Eloy consagró al periodismo católico, es para nosotros el más glorioso de su vida. En el gran ejército de la Iglesia se le cuenta como un buen soldado de la fe, que murió empuñando el arma poderosa de la pluma, en defensa de los principios cristianos, de los que son un limpio reflejo las acciones bondadosas de su vida ejemplar y cristiana.

Nada más justo, que elevar este homenaje sencillo y leal al compañero de luchas y dolor, y presentarlo envuelto en la vestimenta original de nuestro afecto a la que fué su virtuosa compañera doña Tulita, a sus hijos, en particular a la intelectual señorita Margarita, al poeta Ricardo Truque y demás familia, orgullo de nuestra sociedad.

José Vasconcelos en Costa Rica

El viernes 4 de abril recién pasado arribó a la ciudad capital el pensador mexicano Lic. don José Vasconcelos. Va el pedagogo y político a lo largo de la América, predicando a las gentes de buena voluntad, a todos los hispanoamericanos, preocupados de su propio destino, la verdad de las cosas en cuanto se refiere a la cuestión política de su país. La verdad de las cosas, que suele desfigurarse a sabor, pero que aquí surge de las comparaciones, como manantial de aguas clarísimas, porque aun cuando la prensa llamada liberal, si exceptuamos un que otro periódico honradamente liberal, enmudeciera ante los atropellos a la ley y a la justicia, amordazada, como bien lo dijo el pensador, por el oro de la dictadura bolchevique, que hoy gobierna, gracias al favor de la Casa Blanca, o por la influencia de los mismos diplomáticos de Chapultepec, es el caso que el clamor de las víctimas, que es clamor del pueblo

católico,[1] no se ahogó dentro del marco de sus fronteras, e hizo eco, primero en el Vaticano, luego en la prensa católica mundial y al unísono, surgió, también, la protesta de hombres independientes, de destacado influjo político y profesional, que sin parar mientes en motivos religiosos, pedían a los fautores de tanto desatino, por humanidad, envainaran la espada de la desolación, empuñada con barbarie neroniana contra los que no pensaban con las filosofías[2] de Calles, Morones, Tejeda, Aaraón Sáenz, etc. De ahí que el político, en sus dos conferencias dictadas en el Teatro América, no nos sorprendiera con ninguno de los manejos de los «bravos y pundonorosos militares», que hace veinte años, vienen sucediéndose la espada de la revolución, sostenida y azuzada, a ojos vista, por los gobiernos estadounidenses, con fines netamente de absorción. Sí; ni un sólo dato de los aportados por Vasconcelos se nos escapaba. Hemos seguido con dolor el cruento Calvario, que aún, a la sazón, sufre la gloriosa patria azteca, y esperamos, puesto el corazón en la pujanza de la raza, el reinado de la justicia, en la cien veces heroica patria de Hidalgo y de Morelos.

Y sin que el hecho de aplaudir desde estas modestas páginas al temible revelador, testigo de *visu* y vidente de la raza, signifique solidarización irrestricta con todo lo expuesto en sus dos conferencias, por lo que respecta a nosotros, a todos los costarricenses lealmente horados, venimos en recoger su voz de alerta, dada desde la torre alta de su liberalismo sinceramente sentido, que nos pone en guardia, contra la más temible avanzada del imperialismo yanqui, ciego instrumento de sus fines absorbentes en hispanoamérica: las misiones protestantes. Faltaba, quizá, que un hombre de la talla de José Vasconcelos, viniera a confirmar, con hechos demostrados, la inicua actuación del protestantismo norteamericano, apoyado decididamente por los últimos gobiernos de fuerza y sangre, en el exuberante México.

Ni querramos perder de vista la malicia satánica de los camarillas mandones, cuando, devorados por el fuego «patriótico» y muy celosos de la Constitución «nacida al calor de los combates», arremeten contra la Iglesia Católica, contra ella sola, en cualquier manifestación que se presente, contra la empobrecida Iglesia mexicana, que prendió en Nueva España antes que nadie, la luz viva de la civilización, que allá como aquí es profundamente cristiana, y esto—la arremetida,—sencillamente para distraer al pueblo de los gravísimos problemas que el «pseudo lider del Hispanoamericanismo», Plutarco Elías Calles, entonces presidente, contra lo prometido, inútilmente tratara de resolver. Que todo esto, al fin, no responde sino al plan de conquista, hábilmente premeditado y llevado a la práctica por los poderosos políticos que viven al otro lado del Río Bravo, y que podríamos resolverlo negativamente en su contra, con las «evangélicas» palabras del honradote expresidente Roosevelt: *Mientras estos países sean católicos,* la *absorción de la América Latina por los Estados Unidos, es lenta y muy difícil.*

Ya no son, pues, solamente el CORREO NACIONAL y la L. A. S. C., los que nos ponen en guardia contra el protestantismo norteamericano, que tan deshonrosas partidas tiene ganadas en más de una nación hispanoameri-

[1] México es un país integrado, según lo demuestra el censo de 1925, por un 89% de católicos.

[2] «El sistema soviet—escribía el Presidente Calles, en un artículo para la prensa norteamericana, solamente interesa a México,—cuál México?, preguntamos nosotros,—porque representa una *nueva filosofía*» (sic).

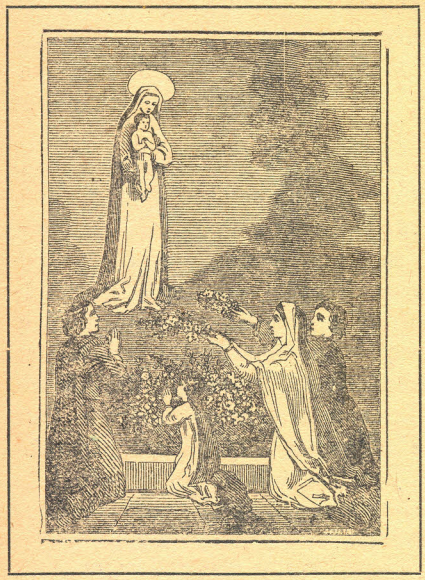
cana; es también José Vasconcelos, de quien acabamos de oír estas palabras: *El fin de la propaganda del protestantismo en la América Hispana, como aliado del Imperialismo yanqui, es la norteamericanización de estos países.*

Con todo y eso, no vayan a creer ustedes, apreciables lectores, que nosotros, estamos porque en esta desfigurada democracia no haya libertad de cultos; no. Líbrenos Dios de semejante idea. Nosotros, precisamente como los católicos mexicanos, sólo nos atreveríamos a pedir, una vez más, lo que hace cuatro años justos, éstos pedían a su gobierno por medio del Episcopado: «Una ley de *verdadera libertad religiosa,* semejante a las que tienen todas las confesiones religiosas en los países más cultos, sin perjuicio alguno para el legítimo progreso de los mismos».

Pero en Costa Rica no habría que crear esa ley, sino simplemente ajustarse a la CONSTITUCION.

El Mes de María

Aprestad, aprestad, oh doncellas, vuestras guirnaldas; y vosotros, mancebos, tomad de sus verdes canastillos las flores de más rico color y de más suave fragancia para adornar con ellas los altares de la Virgen; que no en vano llama ya a nuestras puertas el Mes de las flores, el Mes de Mayo, el Mes de María.



¿No oísteis ya trinar en los aires la hermosa golondrina, amable mensajera de los hermosos días? Asoma ya riente el Mayo gentil, y la tierra, su desposada, vistióse para recibirle con las galas de la belleza y de la juventud. Sus montes cubrió con manto de aterciopelada verdura, sus valles alfombró con rica variedad de colores, embalsamó su aliento purísimo con mil perfumes, y en torno de sí hizo que le cantasen delicioso concierto los arroyos y torrentes, las brisas y el coro dulcísimo de las aves.

Ya al despuntar la aurora no envuelve la niebla con sus pliegues los lejanos caseríos; las cenicientas nubes no cubren ya la tierra como vasto sudario; paró el invierno con sus hielos y con sus lluvias; los días son largos y claros; las noches breves y apacibles.

Dijo un día el pueblo sin Dios: Esta es la estación de los placeres y del gozar; gocemos, pues, y embriaguémonos de placeres. Y sus vírgenes y sus mancebos corrieron en tropel a los altares de una impúdica divinidad; y en torno del indigno simulacro ensayaron sus cánticos y danzas de los cuales huyó espantado el pudor, y la virtud se alejó llorosa y avergonzada.

Y no obstante, se llamó aquel delirio una religión; y la cantaron al son de sus liras los poetas; y la celebró la música con sus acordes, y la sirvió con sus flores y con sus frutos la naturaleza. ¡Pobre poesía, pobre música y pobre naturaleza, puestas al servicio de la mentira y de la corrupción por sus viles adoradores!

Un día, empero ¡día feliz! sobre el horizonte coloreado con las suaves tintas de la primavera dejóse ver a los ojos de los pueblos alumbrados por la fe, purísima Mujer de celestial hermosura; la luna servía con su disco de escabel a sus pies; vestíala de lleno el sol con sus resplandores; brillaban en su frente fulgente aureola de luz, y sobre su cabeza, místico cerco de doce estrellas!

El azul purísimo de los cielos cobijándola como inmenso pabellón, la tierra engalanada con todos sus atavíos ofrecíale como precioso ramillete sus flores y sus perfumes, y la cantaban con magnífica variedad de sonidos las armonías todas de la naturaleza.

Y los pueblos enmudecieron un momento como deslumbrados ante la visión radiante y encantadora, y un momento después una voz unánime salió de todos los labios saludando a María, y se olvidaron los vanos simulacros, y deshiciéronse las danzas impúdicas; y la poesía, y la música, y todas las artes, sacudiendo el yugo vergonzoso que las envilecía, unieron a las del hombre sus voces, y alzóse al culto, envuelto en ellas, el ardiente afán, el amoroso suspiro de mil corazones palpitantes de amor a los pies de la Madre de nuestro Dios.

Y en las nebulosas regiones del Norte, y en las encantadas florestas del Mediodía, en los tostados arenales del Africa y en las vírgenes soledades del Nuevo Mundo tuvo templos María; y los tuvo en las grandes ciudades, lanzando al cielo airosas cúpulas y afiligranados chapiteles, y los tuvo en las aldeas a la sombra de las viejas encinas y de los plátanos seculares, y los tuvo en la soledad, en lo más elevado de las colinas, y en lo más repuesto y escondido de los valles; humides ermitas donde se detiene fervoroso el caminante, donde coloca la pastorcilla su ofrenda de flores cogidas a las márgenes del torrente.

Y los tuvo en todas partes donde latieron corazones generosos, y la tierra en una palabra no fué ya más que un sólo inmenso altar, y todo los corazones y todas las almas no fueron ya sino un sólo corazón y una sola alma, unidos por el amor de María.

Y el pudor y la virtud no debieron ya sonrojarse de este culto glorioso, y las vírgenes no fueron ya a buscar en él la ruina de su inocencia y el oprobio de su juventud; que no en vano se llama el objeto de sus amores Reina de las vírgenes, Señora de las virtudes, Madre del Amor hermoso.

Por eso cuando asoma todos los años risueña y deliciosa la primavera, un grito inmenso, universal, resuena en toda la tierra; y en todas las almas amantes de la Madre de Dios uno solo es el pensamiento, una sola es la palabra en todos los labios: ¡María! ¡el Mes de María!

Ea, pues: aprestad, oh doncellas, vuestras guirnaldas, y vosotros, mancebos, tomad de sus canastillos las flores de más bello color y de más exquisita fragancia, para con ellas adornar los altares de vuestra Madre; que no en vano llama ya a nuestras puertas el mes de las flores, el Mes de Mayo, el dulce Mes de María.

DR. SARDÁ Y SALVANY.

Solicitud en bien de los lectores

A una fineza del Dr. don Mariano Figueres se debe el que los numerosos lectores de RELIGIÓN Y PATRIA, tengan, de hoy en adelante, listas para empastar en forma de folletín, las páginas de la Encíclica: *Sobre la cristiana educación de la juventud.* Nosotros no teníamos por qué poner reparos al simpático y desprendido gesto del Doctor, y antes de que en la imprenta se distribuyeran los moldes, dispusimos el trabajo en la forma que el amigo lo solicitaba.

Con repetir las primeras páginas de la Encíclica nosotros no hemos sacrificado lectura, no hemos sacrificado nada.

Este mes, y hasta que las circunstancias económicas nos lo permitan, la revista sale de verdad con 16 páginas.

Pero, para volver a la cuestión que aquí nos trajo, somos los primeros en agradecer al Doctor Figueres la deferencia que ha tenido para con nuestros lectores.

Los discípulos de Epulón

(La Gula)

(*Concluye*)

En un día de embriaguez, olvidó Carlos XII el respeto que debía a la reina su abuela, la cual, triste y afligida, se retiró a sus habitaciones y no se dejó ver de su nieto por muchos días. Al saber esto Carlos, apenóse a tal extremo, que prometió no volver a probar el vino y a no comer sino frugalmente. De este modo adquirió un temperamento de hierro, con lo cual resistió a las más violentas fatigas.

«La templanza, en cambio, como dice el filósofo Bastos, es virtud en la juventud y necesaria en la vejez; conserva la salud del alma y del cuerpo; prolonga la duración de los goces, moderándolos; prolonga la vida; es más infalible que la mejor medicina; más fuerte que la mejor complexión; el modo de vivir sencillo y frugal conserva la salud, mantiene la tranquilidad del ánimo y asegura la independencia».

Y la reina Cristina de Suecia dijo: «El ser sobrio no es una gran virtud, pero el no serlo es un defecto muy grande». La frugalidad de Vespasiano fue proverbial. El Duque de Maguncia, hombre glotón y regalado, por comerse un melón, después de una comida abundante, como de costumbre, fue derrotado en la campaña de Arques, cerca de Dieppe, por Enrique IV, con lo que fue justamente castigada su gula y su glotonería. Probo, uno de los más ilustres emperadores de Roma, de costumbres austeras y sencillas, admiró y conquistó al rey de los persas, que pretendían invadir a Roma. Conversando con Sócrates un ilustre ateniense, se quejaba de su inapetencia y de hallar malo todo cuanto comía. «Yo sé un remedio infalible para vuestro mal, le contestó el filósofo: comed menos; los manjares os parecerán así más agradables, disminuiréis vuestros gastos y os hallaréis mejor.» Este mismo filósofo, un día que debía dar una fiesta a sus amigos, respondió a uno de los convidados que parecía extrañarse de que no hubiese hecho más preparativos: «Si mis convidados son juiciosos tengo bastante para ellos, y si no lo son tengo de sobra.» Polemón, joven ateniense, entregado a la destemplanza y a la molicie, una mañana al salir de una fiesta después de una noche de orgía, trató de burlarse del sabio filósofo Jenocrates, que se encontraba dando clase a sus discípulos. Pero éste al comprender las malas intenciones de aquél, empezó a hablarles de la virtud de la templanza en forma tan sublime, tan profunda y tan florida, que Polemón al oirlo se sintió avergonzado y fue desde entonces su más asiduo discípulo. ¡Tal es el poder de la virtud y de la ciencia!

La juventud que frecuenta las hosterías y que se emborracha con frecuencia, es juventud decadente, es juventud decrépita.

***

Bien es cierto, que no debemos privarnos de lo necesario para nutrir y y alimentar nuestro cuerpo y conservar la buena salud, y que nuestros alimentos deben ser en su calidad y en su cantidad, proporcionales a nuestro organismo; y así vemos como unos consumen mucho más alimentos que otros, según su complexión y sus necesidades fisiológicas. El mismo San Francisco de Asís, al mismo tiempo que recomendaba a sus discípulos la pobreza y la templanza, reprendía severamente a los que se privaban demasiado de lo necesario a su organismo, y para conservar su salud.

La Santa Iglesia Católica reglamenta sabiamente también, el ayuno y la abstinencia de acuerdo con los pueblos y con los individuos. De modo, pues, que no seamos presumidos ni cortos en el comer, sino que proporcionémonos con naturalidad y buen juicio todo cuanto contribuya a conservar nuestra salud y nuestra vida. Y pensemos también en las palabras del Redentor, que al ser tentado por el diablo en el desierto, diciéndole: «Si eres el Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en panes», le respondió: «Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra o disposición que sale de la boca de Dios.»

MANUEL ANTONIO BONILLA N.

b) **Maternidad sobrenatural.**

El segundo título es la Maternidad sobrenatural, con que la Iglesia, Esposa inmaculada de Cristo, engendra, alimenta, y educa las almas en la vida divina de la gracia, con sus Sacramentos y su enseñanza. Con razón pues afirma S. Agustín: «No tendrá a Dios por padre, el que rehusare tener a la Iglesia por madre» [1].

Por tanto, en el objeto propio de su misión educativa, es decir: «en la fe e institución de las costumbres, el mismo Dios ha hecho a la Iglesia partícipe del divino magisterio, y, por beneficio divino, inmune de error; por lo cual es maestra de los hombres suprema y segurísima, y en sí misma lleva arraigado el derecho inviolable a la libertad de magisterio» [2]. Así por necesaria consecuencia, la Iglesia es independiente de cualquiera potestad terrena, tanto en el origen como en el ejercicio de su misión educativa, no sólo respecto a su objeto propio, sino también respecto a los medios necesarios y convenientes para cumplirla. Por esto, con relación a toda otra disciplina y enseñanza humana, que en sí considerada es patrimonio de todos, individuos y sociedades, la Iglesia tiene derecho independiente de emplearla y principalmente de juzgar en ella de cuanto pueda ser provechoso o contrario a la educación cristiana. Y esto, sea porque la Iglesia, como sociedad perfecta, tiene derecho independiente a los medios que emplea para su fin, sea porque toda enseñanza, lo mismo que toda acción humana, tiene necesaria conexión de dependencia del fin último del hombre, y por tanto no puede sustraerse a las normas de la ley divina, de la cual es custodio, intérprete y maestra infalible la Iglesia.

Lo cual, con luminosas palabras, declara Pío X de s. m.: «En cualquier cosa que haga el cristiano, aun en el orden de las cosas terrenas, no le es lícito descuidar los bienes sobrenaturales, antes al contrario, según los preceptos de la sabiduría cristiana debe dirigir todas las cosas al bien supremo como a último fin: además todas sus acciones, en cuanto son buenas o malas en orden a las costumbres, o sea en cuanto están conformes o no con el derecho natural y divino, están sometidas al juicio y jurisdicción de la Iglesia.» [3]

Y es digno de notarse cuán bien ha sabido entender y expresar esta doctrina católica fundamental un seglar, tan admirable escritor cuanto profundo y concienzudo pensador: «La Iglesia no dice que la moral pertenezca puramente (en el sentido de exclusivamente) a ella; sino que

---

[1] *De Symbolo ad catech.*, XIII: *Non habebit Deum patrem, qui Ecclesiam noluerit habere matrem.*

[2] Ep. enc. *Libertas.* 20 Iun. 1888: *in fide atque in institutione morum, divini magisterii Ecclesiam fecit Deus ipse participem, eamdemque divino eius beneficio falli nesciam: quare magistra mortalium est maxima ac tutissima, in eaque inest non violabile ius ad magisterii libertatem.*

[3] Ep. enc. *Singulari quadam*, 24 Sept. 1912: *Quidquid homo christianus agat, etiam in ordine rerum terrenarum, non ei licet bona negligere quae sunt supra naturam, immo oportet ad summum bonum, tamquam ad ultimum finem, ex christianae sapientiae praescriptis omnia dirigat: omnes autem actiones eius, quatenus bonae aut malae sunt in genere morum, id est cum iure naturali et divino congruunt aut discrepant, iudicio et iurisdictioni Ecclesiae subsunt.*

pertenece a ella totalmente. Jamás ha pretendido que, fuera de su seno, y sin su enseñanza, el hombre no pueda conocer verdad alguna moral: antes bien ha reprobado tal opinión más de una vez, porque ha aparecido en más de una forma. Dice por cierto, como ha dicho y dirá siempre, que, por la institución recibida de Jesucristo y por el Espíritu Santo que el Padre le envió en su nombre, ella solo posee originaria e inamisiblemente la verdad moral toda entera (*omnem veritatem*) en la cual todas las verdades particulares de la moral están comprendidas, tanto las que el hombre pueda alcanzar con el simple medio de la razón, como las que forman parte de la revelación, o se pueden deducir de ésta» [1].

c) Extensión de los derechos de la Iglesia.

Así, pues, con pleno derecho, la Iglesia promueve las letras, las ciencias y las artes, en cuanto son necesarias o útiles para la educación cristiana, y además para toda su obra de la salvación de las almas, aun fundando y manteniendo escuelas e instituciones propias en toda disciplina y en todo grado de cultura [2]. Ni se ha de estimar como ajena a su magisterio maternal la misma educación física, como la llaman, precisamente por que tiene ella razón de medio que puede ayudar o dañar a la educación cristiana.

Esta obra de la Iglesia en todo género de cultura, así como cede en inmenso provecho de las familias y las naciones, que, sin Cristo se pierden, como justamente observa S. Hilario: «¿Qué hay más peligroso para el mundo que no acoger a Cristo?» [3], así no trae el menor inconveniente a las ordenaciones civiles, porque la Iglesia con su maternal prudencia no se opone a que sus escuelas e instituciones educativas para los seglares se conformen en cada nación, con las legítimas disposiciones de la autoridad civil, y aun está en todo caso dispuesta a ponerse de acuerdo con ésta, y a resolver amistosamente las dificultades que pudieran surgir.

Además, es derecho inalienable de la Iglesia, y a la vez deber suyo indispensable, vigilar sobre toda la educación de sus hijos, los fieles, en cualquier institución, pública o privada, no sólo en lo referente a la enseñanza religiosa allí dada, sino también en toda otra disciplina y disposición, en cuanto se refieran a la religión y moral [4].

Ni el ejercicio de este derecho podrá estimarse como ingerencia indebida, sino como preciosa providencia maternal de la Iglesia, para preservar a sus hijos de los graves peligros de todo veneno doctrinal y moral. Además esta vigilancia de la Iglesia, como no puede crear ningún inconveniente verdadero, tampoco puede dejar de reportar eficaz auxilio al orden y bienestar de las familias y de la sociedad civil, teniendo lejos

---

[1] A. MANZONI, *Osservazioni sulla Morale Cattolica*, c. III.

[2] Codex Iuris Canonici, c. 1375.

[3] *Commentar. in Matth.*, cap. 18.: *Quid mundo tam periculosum quam non recepisse Christum?*

[4] Cod. I. C., cc. 1381, 1382.

de la juventud aquel veneno moral, que en esta edad inexperta y tornadiza suele tener más fácil entrada y pasar más rápidamente a la práctica. Ya que, sin la recta institución religiosa y moral—como sabiamente advierte León XIII—«toda la cultura de las almas será malsana: los jóvenes no habituados al respeto de Dios no podrán soportar norma alguna de honesto vivir, y sin ánimo para negar nada a sus deseos, fácilmente se dejarán arrastrar a trastornar los Estados»[1].

En cuanto a la extensión de la misión educativa de la Iglesia, ella comprende a todas las gentes según el mandato de Cristo: «Enseñad a todas las gentes»[2]; y no hay potestad terrena que pueda legítimamente disputar o impedir su derecho. Primeramente se extiende a todos los fieles, de los cuales ella tiene solícito cuidado como Madre ternísima. Por esta razón para ellos ha creado y fomentado en todos los siglos una ingente muchedumbre de escuelas e instituciones en todos los ramos del saber; porque—como dijimos en ocasión reciente—«hasta en aquel lejano tiempo medioeval, en el que eran tan numerosos (alguno ha querido decir hasta excesivamente numerosos) los monasterios, los conventos, las iglesias, las colegiatas, los cabildos catedrales y no catedrales, junto a cada una de estas instituciones había un hogar escolar, un hogar de instrucción y educación cristiana. Y a todo esto hay que añadir las Universidades todas, Universidades esparcidas por todos los países y siempre por iniciativa y bajo la vigilancia de la Santa Sede y de la Iglesia. Aquel magnífico espectáculo que ahora vemos mejor, porque está más cerca de nosotros y en condiciones más grandiosas, como lo permiten las condiciones del siglo, fue el espectáculo de todos los tiempos; y los que estudian y confrontan los hechos quedan maravillados de cuánto supo hacer la Iglesia en este orden de cosas, maravillados del modo con que la Iglesia logró corresponder a la misión que Dios le había confiado de educar a las generaciones humanas en la vida cristiana, y alcanzar tantos y tan magníficos frutos y resultados. Pero si causa admiración el que la Iglesia haya sabido en todo tiempo reunir al rededor de sí centenares, millares y millones de alumnos de su misión educadora, no es menor la que deberá sobrecogernos cuando reflexionemos sobre lo que ha llegado a hacer no sólo en el campo de la educación, sino también en el de la instrucción verdadera y propiamente tal. Porque si tantos tesoros de cultura, civilización y literatura han podido ser conservados, débese a la actitud de la Iglesia, que, aun en los tiempos más remotos y bárbaros, ha sabido hacer brillar tanta luz en el campo de las letras, de la filosofía, del arte y particularmente de la arquitectura»[3].

Tanto ha podido y sabido hacer la Iglesia, porque su misión educativa se extiende aun a los no fieles, por ser todos los hombres llamados

---

[1] Ep. enc. *Nobilissima Gallorum Gens.*, 8 Febr. 1884: *male sana omnis futura est animorum cultura: insueti ad verecundiam Dei adolescentes nullam ferre poterunt honeste vivendi disciplinam, suisque cupiditatibus nihil unquam negare ausi, facile ad miscendas civitates pertrahentur.*

[2] MATTH., XXVIII, 19: *docete omnes gentes.*

[3] Discurso a los alumnos del Colegio de Mondragón, 14 de Mayo de 1929.

a entrar en el Reino de Dios y a conseguir la eterna salvación. Como en nuestros días, en sus misiones esparce a millares las escuelas en todas las regiones y países aún no cristianos, desde las orillas del Ganges hasta el río Amarillo y las grandes islas y archipiélagos del Océano, desde el Continente negro hasta la Tierra del Fuego y la helada Alaska, así en todos los tiempos la Iglesia con sus Misioneros, ha educado en la vida cristiana y en la civilización a las diversas gentes que ahora forman las naciones cristianas del mundo civilizado.

Con lo cual queda con evidencia asentado, cómo de derecho, y aun de hecho, pertenece de manera supereminente a la Iglesia la misión educativa, y cómo a ningún entendimiento libre de prejuicios se le puede ocurrir motivo alguno racional para disputar o impedir a la Iglesia una obra, de cuyos benéficos frutos goza ahora el mundo.

d) Armonía de los derechos de la Iglesia con los de la Familia y del Estado.

Tanto más, cuanto que con tal supereminencia de la Iglesia no sólo no están en oposición, sino antes bien en perfecta armonía, los derechos, ya de la familia, ya del Estado, y aun los derechos de cada uno de los individuos respecto a la justa libertad de la ciencia, de los métodos científicos y de toda cultura profana en general. Puesto que, para apuntar ya desde luego la razón fundamental de tal armonía, el orden sobrenatural, al cual pertenecen los derechos de la Iglesia, no sólo no destruye ni merma el orden natural, al cual pertenecen los otros derechos mencionados, sino que lo eleva y perfecciona y ambos órdenes se prestan mutua ayuda y como complemento respectivamente, proporcionando a la naturaleza y dignidad de cada uno, precisamente porque uno y otro proceden de Dios, el cual no se puede contradecir: «Perfectas son las obras de Dios, y rectos todos sus caminos»[1].

Lo mismo se verá más claramente, considerando, por separado y más de cerca, la misión educativa de la familia y del Estado.

A la Familia:

Primeramente, con la misión educativa de la Iglesia concuerda admirablemente la misión educativa de la familia, porque ambas proceden de Dios, de una manera bien semejante. En efecto, a la familia, en el orden natural, comunica Dios inmediatamente la fecundidad, principio de vida y consiguientemente principio de educación para la vida, junto con la autoridad, principio de orden.

[1] *Deut., XXXII, 4: Dei perfecta sunt opera, et omnes viae eius iudicia.*

Consolatrix Aflictorum

María, gracia plena, collado en que culmina
un lirio con frescura del agua del Jordán,
marfil de torre insigne, puerta de la divina
ciudad a donde todos los afligidos van.

Los profetas te vieron, estrella matutina
que ayudas al rocío para que abunde el pan.
Por ti baló el Cordero sobre Salem, colina
donde las corzas níveas de la pureza están.

Yo vengo de la tribu que malgastó en el predio
de Belcebú sus dones. Clavados traigo en medio
del corazón los siete puñales del dolor.

Contrito estoy y triste. Quedaré salvo y sano,
si tú, Consoladora, me llevas de la mano
al dulce valle místico que verdeció de amor.

Pacho Valencia

La conferencia del Sr. Vargas Coto

El domingo 30 de marzo, a las 8.30 a. m., el distinguido periodista don Joaquín Vargas Coto, dictó a los Caballeros Marianos, la conferencia que previamente fue anunciada.

Haciendo a un lado las cursis presentaciones, con quienes no las han menester, el Dr. Figueres, Prefecto de la Congregación, abrió la simpática asamblea, con unas cuantas sinceras frases, dichas a modo de introducción, para ofrecer luego la palabra al gallardo y modesto escritor Sr. Vargas Coto.

El tema de su conferencia fue el siguiente: «Elogio lírico de Jesús Nazareno»; pocas veces recordamos haber visto, tanto interés, la compenetración de palabra por palabra, en actos, claro está, similares al que apuntamos, como en esa ocasión; 25 minutos duró el autor leyendo su conferencia, que fue un poema digno del motivo, pletórico de amor y de respeto.

Al concluir el sustentante, fue ovacionado con una salva de aplausos.

El Rvdo. Padre Director, Presbo. Gebrande, había escuchado con placer la conferencia, y quiso, con palabra entusiasta, aprovechar la ocasión para que, lejos de quebrantar la costumbre, viniésemos en reforzar más y más la saludable práctica de las conferencias, que instruyen y deleitan; dió asimismo, las gracias al Sr. Vargas Coto, por su significado gesto, e hizo votos porque no fuera la última vez que honrara con su presencia y su palabra las asambleas de la Congregación Mariana de Caballeros.

Sección Literaria

La Princesa Blanca

A la memoria del gran editor Dn. Saturnino Calleja, a quien tantos ratos de placer le debí en mi infancia, por sus bellos cuentos.

HABÍA una vez un rey ya muy anciano que estando a punto de morir llamó a su lado a su hijo heredero, el príncipe Reinaldo para aconsejarle en el sabio gobierno del Reino.

—Hijo mío—díjole el Rey—ama a tu Dios y a tu pueblo y no olvides que el placer más noble es sacrificarse por nuestros semejantes.

El Príncipe prometió con voz temblorosa cumplir los deseos de su padre.

—Ahora vas a quedar solo en el mundo, Reinaldo, y quisiera desde el cielo verte feliz y dichoso: dichoso y feliz serás con la Princesa Blanca, la que yo desearía fuere tu esposa. Hijo mío...

La voz faltó al anciano monarca. Su fiel paje Eustaquio le aproximó el Crucifijo que besó con amor; dirigió una mirada de ternura, velada ya por las sombras de la muerte, a su hijo el príncipe y expiró.

Por mucho tiempo el dolor de Reinaldo fue tan acendrado que apenas si hallaba lenitivo a su aflicción en las frases bondadosas de Eustaquio.

Cuentan las crónicas que al joven Rey le agradaban sobremanera las viejas historias de empolvados pergaminos y que, conociendo Eustaquio tan felices disposiciones, las quiso aprovechar para distraer a su Señor.

—Señor—dijo un día aquél al Rey—¿tendría inconveniente Su Majestad en que mi hija le viniera a leer algunas bonitas historias?

—Ninguno—contestó con amabilidad el Príncipe.—Pero, no sabía, querido Eustaquio, que tu hija poseyera la maravillosa facultad de relatar bonitas historias.

—Siempre ha cultivado los romances, Señor, y puedo aseguraros que su memoria es tan peregrina como su gracia para referirlos.

—Díle que venga.

Encantado el paje de la amable acogida del Rey, aquel mismo día hizo venir a Palacio a su hija Florencia haciéndole ver la importancia de aquella misión.

Y sucedió, entonces, que ese día el Príncipe Reinaldo escuchó complacido el prodigioso suceso del mago Merlín en lucha con dragones de llameantes fauces...

***

Al tiempo se le escaparon varios días, y, como él es el bálsamo más suave para toda herida, Reinaldo se fue ocupando con menos enfado de los reales asuntos algo embrollados con la muerte del Rey.

Algunas veces resultan mujeres inteligentes que son la excepción y Florencia era, cabalmente, una de estas poquísimas excepciones.

Siendo al par que una joven de peregrina belleza, de mucho ingenio, ayudaba al Príncipe en sus obras a beneficio del pueblo que bendecía agradecido al Monarca.

Poco a poco el Rey recobraba su buen humor y cuando pasaba por alguna de sus crisis de mal humor, procuraba disimular su carácter taciturno y sombrío en presencia de Florencia.

***

Pero un día el príncipe Reinaldo recordó las palabras de su padre; el deseo del monarca extinto para que tomara por esposa a la princesa Blanca.

Y en aquella situación embarazosa hizo venir a Florencia con el fin de consultarle.

La hija del viejo paje le escuchó en silencio y no fue sino hasta después de que Reinaldo le preguntó nuevamente su parecer, que habló:—Creo que Su Majestad debiera hacer un viaje y conocer a la Princesa Blanca.

—¡Oh—arguye el Príncipe— ya lo he pensado, mas ignoro dónde se halla su Reino.

Florencia seguía silenciosa y, apartando sus ojos de Reinaldo que procuraba hallar una respuesta, dirigió su temblorosa mirada a las flores multicolores del jardín que embalsamaban la Real Cámara con sus perfumadoras ráfagas.

—No sé qué hacer—balbuceó Azul mirando ansiosamente a su amiga.—Pero, ¿qué tienes, querida Florencia? ¿Acaso lloras?

—No es nada—repuso la joven tratando de desasirse sonrojada del Príncipe.

—¿Estás quizá doliente?—indicó solícito el Príncipe.

—Gracias, Majestad... Permitidme retirarme.

—No hables en ese tono, Florencia, olvida que soy rey; un rey tal vez desgraciado! y piensa que soy tu amigo...

—¡Ah! amigo.

¿No te satisface, Florencia? Vamos—agregó atrayéndola suavemente a sí y pasando su enguantada mano por los rubios cabellos de la joven—si quieres tu hermano...

—Gracias, Majestad. Es tanta su bondad que me confunde.

—¡Oh, Florencia! ¿Estás tal vez enojada conmigo para que me hables en ese tono?

—¡Contigo!—repuso Florencia con acento balbuciente y fijando sus castaños ojos en el Príncipe y en los que se reflejaba el cariño reprimido por el respeto.

—No vuelvas a llorar, niña mía—dijo el Príncipe—; he aquí que viene tu padre. Pudiera ser que él supiera informarnos de la Princesa Blanca.

—Dínos, Eustaquio, ¿tú sabes cuál reino gobierna la Princesa Blanca?

—Ignoro Majestad... sin embargo, vuestro padre al morir me encargó entregaros esta carta cuando preguntara Su Majestad por esa Princesa.

Eustaquio entregó un sobre lacrado al Rey, sellado con las reales armas del País del Ensueño.

Reinaldo leyó varias veces su contenido con aire de gran sorpresa, y, después de guardar la carta:

—Parece que ya va a aparecer la Princesa Blanca—dijo con alegre acento que sobresaltó a Florencia—y deseo que el día de mi solemne coronación sea coronada *ella* también. Os suplico, Eustaquio, mandéis a preparar suntuosísima fiesta y engalanéis rumbosamente el Palacio, traigáis los más competentes servidores y saquéis a brillar la más rica vajilla, pues deseo presentar los salones de tal manera que mi prometida quede halagada.

***

Y el día amaneció bello y hermoso como la sonrisa de feliz desposada.

Sola, allá en su casita, la hija del paje procuraba borrarse del rostro las huellas ojerosas de sus nocturnas lágrimas para asistir a los desposorios de su Señor, el rey.

El palacio estaba hecho una ascua de oro y pedrería.

De los países más lejanos venían en suntuosas carrozas los reyes y los príncipes poderosos. El pueblo alborozado se agolpaba en los pórticos iluminados con encendidas teas para admirar los resplandecientes trajes de los regios huéspedes y vitorear a la real pareja.

El Príncipe Reinaldo, rebosante de dicha y placer por haber dado con la princesa de sus ensueños, había mandado distribuir sendas limosnas entre los pobres del reino.

No obstante, a pesar de estar todo dispuesto, la novia retardaba su llegada.

Se le esperaba seguida de numerosa y rica comitiva, realzada su maravillosa hermosura por las más preciadas joyas, pero, a lo largo del camino apenas brillaban dulcemente las luces fosforescentes de las góndolas sobre el lago.

Entonces, el Príncipe Reinaldo, que llevaba túnica de oro y pedrería, volviéndose a la concurrencia, la dijo:

—Mi novia ha llegado.

Todas las miradas se buscaron, pero en ninguna parte se veía a la afortunada princesa.

Los concurrentes se hallaron perplejos hasta que el Príncipe viendo la ansiedad de sus huéspedes, agregó sonriendo:

—Quiero decir, que la Princesa Blanca está en esta carta.—Y abriendo la que le escribió su padre moribundo, leyó: «Querido Reinaldo: Vas a buscar a la Princesa Blanca, pero no olvides que para ti, como para mí, la Princesa es aquella joven que, uniendo a la belleza del cuerpo, la modestia y la bondad del alma, pueda llamarse Blanca, y ser así la Princesa Blanca de tu corazón». —Cómo veis, señores,—añadió Reinaldo—la esposa queda a mi elección: y ya la he elegido!

Reinaldo se levantó del trono y atravesando la sala, en medio del estupor general, tomó de la mano a la bella hija del paje, y colocó sobre sus sienes encendidas por el rubor, la real corona.

—Tú me amabas y yo también—dijo Reinaldo—Hé aquí mi esposa y vuestra Reina. Y me siento feliz de proclamarla con tan dulces títulos, porque las Princesas Blancas son tan raras como los diamantes de legítimo quilate.

...E inmediatamente ondeó el pabellón tricolor sobre el balcón del palacio y el cañón dejó escapar su ronca voz como un augurio de ventura eterna.

EMMANUEL THOMPSON

(Del libro que en breve circulará, titulado: *Cuentos Medioevales*)

La recepción del Cuerpo Diplomático en el Vaticano el día de Pascua

Una de las ceremonias más solemnes y celebradas en el Vaticano es la recepción de los embajadores de las potencias europeas por el Sumo Pontífice el día de Pascua.

Los suizos, los gendarmes, la guardia palatina y la guardia noble al servicio de Su Santidad, lucen en este día sus uniformes de gala. Las carrozas empenachadas de los embajadores entran solemnemente por el gran patio de San Dámaso. Aquéllos son recibidos al pie de la escalera de mármol por un maestro de ceremonias y algunos caballeros de capa y espada. Ujieres con traje de satín rojo; suizos armados de alabardas; gendarmes pontificios con sus grandes gorros de pelo... acompañan a los diplomáticos por la escalera del ala

izquierda del palacio, por las salas donde resplandecen los mármoles y el oro, hasta el saloncillo de recepción de Pío XI.

Allí está la corte pontificia, reunida al rededor de su Jefe. El golpe de vista no puede ser más pintoresco. Las sotanas rojas de cardenal, las capas moradas de los obispos o de los canónigos, los uniformes militares, los sombreros con plumas de los embajadores... ofrecen un cuadro brillante. Luego, se ve el manto de púrpura del Cardenal Secretario de Estado, la cruz y la cadena de oro del mayordomo y algunos *Monsignori* que preceden a Pío XI, el cual vestido con una sencilla sotana blanca, contrasta majestuosamente con la pompa multicolor que le rodea. Cuando los representantes de las Potencias han ofrecido ya los homenajes de sus Soberanos y de sus respectivos países al Vicario de Cristo, desfilan también ante el Papa y le rinden sus respetos los secretarios y los agregados de Embajada.

Pequeñas Fábulas

La virtud del trabajo

Un pequeño príncipe, hijo de un gran rey, preguntó un día a su maestro: —¿Qué cosa es la virtud?

Sonrióse amablemente el maestro y dijo al príncipe:

—Ya te lo enseñaré... Verás...

Y lo llevó primeramente a una gran fábrica, donde un centenar de obreros laboraban con atención suma a toda clase de máquinas que hacían juntas un gran ruido y estaban dotadas de los más variados y exactos movimientos.

Le mostró luego al príncipe su maestro una inmensa plantación en la que un bullicioso grupo de trabajadores del campo se ocupaba cantando en remover las tierras.

Después le fue enseñada una escuela donde una maestra estaba dando lección a sus pequeñas alumnas, ordenadamente alineadas junto a sus bancos; le mostró todavía a un pelotón de soldados que estaban haciendo el ejercicio militar y obedecían con la mayor exactitud las voces de mando de los oficiales, e hízole ver finalmente a una buena mujer de su casa que, en medio de alegres canturreos, limpiaba y ponía en orden los enseres familiares... Y todos, los obreros de la fábrica y los del campo, la maestra y la mujer de su casa y no menos los soldados se mostraban contentos y satisfechos del trabajo que cada cual hacía...

Y el grave maestro dijo entonces al hijo del rey:

—Cumplir alegremente la misión que a cada uno de nosotros corresponde, no importa dónde ni cuándo, esto es la virtud del trabajo.

PATRICK

"Cuentos Medioevales"

Con este título aparecerá dentro de poco una nueva obra de nuestro estimable colaborador don Emmanuel Thompson. No es precisamente el atildado escritor de los que merezcan recomendaciones, tan desacreditadas en este ajetreo de las letras. Demás está decir que sus cuentos, hijos de una exuberante y fresca fantasía, traerán ratos de verdadero solaz a los amantes de esa clase de literatura y que, por muchas palabras de encomio anticipado que se dijeran, por justas que fueran, no acuñarían el valor de una sola página de *Cuentos Medioevales*. El buen éxito de esta obra, pues, está asegurado.

El homenaje a don Octavio Castro Saborío

Por la noche del domingo 30 de marzo tuvo verificativo el homenaje con que la Congregación Mariana de Caballeros quiso festejar al escritor católico don Octavio Castro Saborío y con motivo de la publicación de su libro «Páginas sobre Bolívar».

Ofreció el acto el Padre Director, procediendo inmediatamente él, el Presbítero Gebrande, a la condecoración del festejado señor Castro, a quien se obsequió con una preciosa medalla de oro, confeccionada por el hábil platero don Francisco Meléndez. El señor Castro Saborío visiblemente emocionado agradeció el homenaje que de modo espontáneo se le tributaba en esa noche. Inmediatamente el joven don José Luis Cardona recitó, con gran naturalidad y viveza de expresión, «Los motivos del Lobo», de Rubén Darío. También don Francisco Meléndez dijo un bonito discurso. Para finalizar la fiesta se repartió un sabroso refresco; luego se proyectó una interesante y sugestiva película.

De extremo a extremo

En el número anterior, en la nota ilustrada que dimos del libro del señor Arié, hay un error de consideración; dice al pie del grabado: Templo de Santa Cecilia Metella; léase: Templo de Cecilia Metella (linajuda—ésta—y paganísima matrona romana).

El XXX Congreso Eucarístico Internacional tendrá verificativo este mes, del 8 al 11, en Cartago, Africa

Hay gran entusiasmo, dice *Efemérides Marianas*, en varios países de Europa por tomar parte en este torneo Eucarístico Internacional; no menos de sesenta Obispos y dos mil sacerdotes de Francia tienen ya pedido alojamiento.

La Cartago cristiana, reedificada sobre la urbe púnica, arrasada por los romanos, legó al mundo sus mártires, sus Concilios, y hasta llegó a ser «rival» de Roma, en un sentido puramente religioso. Ella nos dió a los grandes maestros de la disciplina eclesiástica: Arnobio, Tertuliano, San Cipriano, al elocuente Lactancio y al gran Padre de la Iglesia, San Agustín. El culto de la Virgen practicado por los primeros cristianos, ha tenido en Cartago inesperadas confirmaciones. La famosa imagen de María, que lleva el nombre de la «Virgen de Cartago» y que ahora es venerada en todo el Norte de Africa fue encontrada en las ruinas de una de las basílicas de la ciudad cristiana. Las devociones Eucarísticas, confirmadas por los símbolos e imágenes que se han encontrado en las excavaciones nos presentan a los cristianos de Cartago bien dignos de que sobre el polvo de sus huesos se haga la solemne procesión que saldrá de la Iglesia Primada (la Catedral bendecida por Labigerie en 1890) hasta el famoso anfiteatro, donde tantos mártires se fortalecían con el Pan de los fuertes, llevado a escondidas como en Roma, por los diáconos o los niños. San Cipriano nos dice que en su tiempo los fieles de Cartago comulgaban diariamente.

Luctuosa

El domingo 20 de abril falleció a una edad avanzada, don Bernardo Castillo, padre del estimable Presbítero don Francisco de Paula Castillo, Cura de Santa Bárbara. Cristiano chapado a la antigua, de vida laboriosa y puesta sin reparos al servicio de sus prójimos, don Bernardo muere dejando tras sus días el recuerdo del hombre justo.

Al consignar esta nota, enviamos nuestra más sincera condolencia a la afligida esposa doña Antonia v. de Castillo, al Padre Castillo y demás deudos.

122081 Librería, Imprenta y Encuadernación Lehmann (Sauter & Co.), San José, Costa Rica.

BUENOS DIAS

SE LLAMA EL NUEVO

Libro Primero de Lectura

Con numerosos grabados en colores

Texto Oficial autorizado

por la Secretaría de Educación Pública de Costa Rica

Precio ₡ 2.50 empastado

EDITADO POR

SAUTER & CO. (LIBRERIA LEHMANN)

MUEBLES GARANTIZADOS

MANUEL CAMPOS avisa a sus antiguos favorecedores, que dentro de poco se instalará nuevamente con su

VENTA DE MUEBLES

en el local de su propiedad, sito en CUESTA DE MORAS

JORGE HERRERA PAUT

ABOGADO Y NOTARIO

Teléfonos: { Oficina / Casa de Habitación } 2338

JUAN BAUTISTA MONTALTO

ABOGADO Y NOTARIO

Bufete en Las Arcadas -- Costado Norte del Seminario

Teléfonos: { Oficina 2335 / Habitación 2542 }

ROMULO ARTAVIA

Gran surtido de abarrotes a precios sin competencia

Agente general de la

"Herring-Hall-Marvin Safe Company"

Ud. puede conseguir una de estas afamadas cajas de seguridad (contra incendio), por módico precio, al contado o en abonos

Teléfono 2931 - - - Apartado 653

DOCTOR RAFAEL CALDERON MUÑOZ

DOCTOR RAFAEL ANGEL CALDERON GUARDIA

— Y —

DOCTOR S. ANTILLON

tienen su consultorio contiguo a la «Botica Vargas» 200 varas al Sur del Banco de Costa Rica

Teléfonos: { Despacho, 2812 / Casa de habitación, 3200

EL MEJOR CAFE MOLIDO

que se puede conseguir en plaza

Artículos de primera necesidad renovados constantemente, pesa y medida completa, a los precios más bajos de plaza los consigue siempre en:

"LA BOLSA MERCANTIL"

MAGNESURICO

Poderoso disolvente del ácido úrico

Lo venden todas las boticas

Unicos distribuidores

BOTICA VARGAS

Apartado 716 -- Teléfono 2812